

cia. «E luego que esto hubo dicho el rrey Abomelique desnudó á Abrahen sus pannos e diolos á la doncella. E luego la doncella se levantó en pie, e dixo: Abrahen, dadme vuestros pannos menores commo fue puesto que me diesedes todos vuestros pannos. E Abrahen dió á la doncella dies mil doblas de oro porque non pasase tal vergüença commo le fuera si los pannos menores alli delante el rrey le hovieran de quitar.»

Esta vieja traducción castellana, que sin escrúpulo puede considerarse coetánea del *Bonium ó Bocados de oro*, y del *Libro de los buenos proverbios*, es sustancialmente la misma que todavía sirve de pasto á la curiosidad de nuestro vulgo, pero no ha podido menos de irse modificando en los pormenores con el transcurso del tiempo. Así en otro manuscrito citado por Knust, la doncella, en vez de aludir á la peregrinacion á la Meca, habla de «los tres rromerajes, a la casa sancta de Jerusalem e a Santiago de Galicia», cosa de todo punto absurda si se supone la escena en Bagdad, y en la corte del rey Abomelique, transformación del califa Harún.

En los textos impresos va desapareciendo cada vez más el color árabe de la fábula. El mercader no es ya de Bagdad sino *de las partes de Hungria*, y no moro, por consiguiente, sino cristiano: cambia también de

religión y patria Teodor, y se naturaliza entre nosotros («una doncella christiana que era de las partes de España»): la escena pasa en la corte del rey de Túnez. El primer examinador es un teólogo cristiano y Abraham «el trovador y maestro en la música», como personaje bufo que es, y el más escarnecido y humillado por la doncella, recibe el sambenito de judío. Se añaden algunas preguntas y respuestas, que no están en las historias árabes de la doncella Teodor, pero que pueden encontrarse en otros libros de máximas, sentencias y enigmas, tales como el *Poridad de Poridades*, las ya citadas *Respuestas del filósofo Segundo* y las *Preguntas que el emperador Adriano hizo al infante Epitus* (1) que son una mera variante de ellas. Pero ya el malogrado Knust en sus *Mittheilungen* apuntó, con la rara erudición paremiológica que poseía, estos y otros paralelos, y no tengo

(1) *El libro del infante Epitus de las preguntas que el Emperador le hizo: y de las respuestas que le respondió.* (Burgos, en casa de Juan de Junta, 1540). 12 hojas sin foliar. La Inquisición le prohibió en el Índice Expurgatorio de 1559. Existe también en la literatura popular francesa con el título de *Questions que fit Adrien Empeur à un enfant nommé Apidius*, y también con el de *L'enfant sage à trois ans*. El original de estos libros es latino. Las traducciones castellana y francesa deben de ser independientes entre sí, puesto que la primera conserva el nombre de Epitus (*Epictus* en latín), y la segunda le transforma en *Apidius*.

cosa sustancial que añadir á lo que él dijo. Tampoco me detendré en las grotescas alteraciones que éste, como los demás libros de cordel, experimentó en manos de los refundidores del siglo XVIII y del XIX, ya para pulir el estilo quitándole toda su gracia y frescura, ya para hacer la doctrina más edificante y piadosa (poniendo, verbigracia, en boca de la doncella Teodor, una declaración de los misterios de la Misa); ya para corregir los absurdos científicos de astronomía, meteorología, medicina, etc., sustituyéndolos con otros absurdos menos graciosos ó con pedanterías é insulseces. Todos estos librejos, tan respetables por su antigüedad, que tanto pueden enseñarnos sobre las ideas, creencias y costumbres de nuestros antepasados, y que tanto campo ofrecen al estudio de la novelística y de la literatura comparada han sufrido igual degradación, igual barniz de semicultura, peor que la barbarie, bajo la tosca pluma de cualquier memorialista, barbero de lugar ó estudiantón famélico, que han hecho mangas y capirotos del *Fierabrás*, de *Los siete sabios de Roma*, del *Partinuplés*, del *Clamades y Clarimonda*, del *Oliveros de Castilla* y *Artus de Algarbe*, del *Tablante de Ricamonte*, de *Pierres y Magalona*, de *Roberto el Diabolo*, de *San Amaro*, de los viajes del infante *D. Pedro de Portugal*, que anduvo las cua-

tro partidas del mundo, y de otras nobles reliquias de los pasados tiempos, que hay que desenterrar de las ediciones góticas del siglo XVI para irlas vengando de la profanación con que las han tratado sus modernos intérpretes, á quienes se debe, sin embargo, el haber conservado la memoria de tan sabrosas leyendas en los tiempos más hostiles ó indiferentes á la literatura tradicional. Esta consideración desarma nuestro enojo, y nos hace mirar con cierta simpatía esos puestos al aire libre, donde revueltas con romances vulgares y papeles modernos de muy baja ralea, campean algunas de estas refundiciones de cuentos viejos, ineptas y pedestres sin duda, pero en las cuales persiste todavía, aunque aprisionado en grosera envoltura, el encanto de la linda é ingeniosa Melusina.

En esta plebeya y abatida forma de libro de cordel, pero mucho menos pervertida y estragada que ahora, llegó la *Doncella Teodor* á noticia del rey de nuestro teatro, á quien el entusiasmo de sus contemporáneos concedió los honores de la apoteosis, apellidándole «poeta de los cielos y de la tierra», exceso de hipérbole que pocas veces pudo tener más disculpa que en el caso de este soberano y monstruoso poeta, cuya fertilidad igualó á la de la naturaleza misma. Nada á primera vista menos dramático que el argu-

mento de la *Doncella Teodor*, reducido á una controversia pueril y soporífera; pero Lope de Vega no le desdenó, porque no desdenaba ningún elemento tradicional; sino que le dió cabida en su inmenso repertorio, conservando todo lo que pudo de la novela, é inventando una fábula (á la verdad más embrollada que ingeniosa) para que fuese posible la presentación de la sabia doncella y el espectáculo teatral del examen. Siguiendo el texto castellano que en su tiempo corría impreso, hizo española á Teodor, y abrió la escena en Toledo, suponiéndola, no en tiempos remotos, sino en la misma edad en que escribía, y aprovechando la tradición de la famosa cueva de aquella ciudad tenida por escuela de artes mágicas. Un estudiante llamado Félix, enamorado de Teodor, nos informa de sus maravillosas prendas en un gallardo romance:

Sabed que esta gran ciudad,
Como en los tiempos pasados,
Tiene encantamientos hoy,
Tiene prodigiosos casos.
¿No habéis oído decir,
De la cueva y los candados
Que rompió el rey don Rodrigo
Cuando, en alarbes caballos,
Vió tanto bonete rojo,
Vió tanto turbante blanco,
Tanta jineta y adarga,
Y tanto alfanje africano?

¿Y de otra cueva también,
Adonde dicen que entraron
Muchos que en todas las ciencias
Salieron doctos y sabios?
Pues sabed que aquestas cuevas,
Primo, no se han acabado.
Una he descubierto yo,
No quiera Dios por mi daño.
—¡Cueval ¿Qué decís?

—No es cueva;

Mas desta suerte la llamo,
Porque cuanto en ella miro
Todo me parece espanto.
Enseña filosofía
A caballeros é hidalgos,
Griego, latín y otras lenguas,
Junto á San Miguel el alto,
Leonardo de Binis, maestro,
Pienso que alemán, casado
En Toledo con mujer
Tan docta y que sabe tanto
Que de los dos ha nacido
Un monstruo, un Fenis tan raro
En discreción y hermosura
Que pone á la tierra espanto.
Es corto encarecimiento
Decir que es Carmenta ó Safo;
Si hoy vive alguna sibila,
Es en aqueste milagro.
Teodor, Leonelo, es su nombre,
Cuyo ingenio soberano
Será presto conocido
Desde el Aurora al Ocaso...

Leonelo, condiscípulo de don Félix, procura disuadirle con donosos argumentos de

amar á una mujer tan docta, y mucho menos
de pretender casarse con ella:

La mujer propia ha de ser
De ingenio humilde y mediano,
No arrogante ni discreta,
Que es insufrible trabajo...
Si la mujer ha de ser
Para tratar el regalo
Del hombre, basta que sepa
Su lenguaje castellano.
Griega y latina ¿á qué efecto?
Si á sufrilla no acertamos
Sabiendo sola una lengua,
Que es la propia, ¿no está claro
Que sabiendo cinco ó seis
No podrá sufrirla un mármol?
Gentil discreción, ¡por Dios!
Ver un marido en su estrado
Asentado á Salomón,
Y en la mesa estar hablando
Con Aristóteles griego,
Y tener de noche al lado
A Licurgo, á Cicerón,
O á Tito Livio romano.
No, primo; que la mujer
(No porque boba la alabo)
Ha de ser como la pinta
Nuestro refrán castellano.
—¿Cómo?

—En la calle, señora,
Devota en el templo santo,
Dama en el estrado honesta,
Cabra ligera en el campo,
Cuidadosa en su familia,
Animosa en los trabajos,

Regocijada en la mesa,
Muda en enojos y agravios,
Fregona en casa, en la cama...
Harto os he dicho, miraldo.

Ya en este primer acto comienzan las disputas escolásticas entre la doncella Teodor y varios estudiantes, sobre el amor, los meteoros, el alma y sus potencias, todo ello conforme á la doctrina de Aristóteles, y en rigurosa forma silogística, aprovechando la ocasión Lope para lucir los dejos y reminiscencias que conservaba de sus cortos estudios en Alcalá. La pretensión amorosa de Don Félix halla buen acogimiento en el ánimo de Teodor, pero tropieza con la aparición de su padre, que, sin consultarla, ha concertado su matrimonio con un viejo y sabio catedrático de Valencia. Don Félix, desesperado, ahorca los manteos estudiantiles y sienta plaza en la compañía de un capitán que va á embarcarse en Cartagena para Italia. Siguen algunas escenas soldadescas trazadas con el brío y desenfado característicos de Lope en este género de cuadros. Don Félix se propone robar á Teodor en el camino de Valencia, y asalta la comitiva de la desposada, con tres amigos disfrazados de bandoleros catalanes. Realizan, en efecto, su empresa, y huyen hacia la marina; pero allí caen en poder de unos corsarios africanos. El desconsuelo y

tribulación del viejo catedrático al enterarse del raptó de su prometida esposa y las picarescas consolaciones que le dirigen sus maleantes discípulos son de una fuerza cómica irresistible, y todo el acto, aunque desordenadísimo, porque los acontecimientos se atropellan, está escrito con mucha frescura y gracia.

La segunda jornada nos conduce al cautiverio de Orán. La doncella Teodor se finge sorda y loca para librarse del casamiento que la propone el rey moro. Al mismo tiempo su hermana Jarifa se enamora de don Félix. Teodor declara en un monólogo sus celos y la resolución que ha formado de contrastar la fortuna adversa con los recursos de su saber y de su ingenio:

¿Soy yo la que en Toledo,
En las escuelas, fui tan celebrada,
Que puse á tantos miedo
De borla blanca, azul, verde y dorada,
Cuando en mil conclusiones
Vencí sus argumentos y razones?
¿Qué es de lo que he leído
En la lengua latina, hebrea y griega?
¿Qué fortuna ha vencido
Quien á las letras y virtud se llega?
¿Dónde está mi agudeza?
¿Qué es de mi raro ingenio y sutileza?
¿Soy yo la que llamaban
Mónstruo español, y á verme mil naciones
Tierras peregrinaban,

Mares, golfos, provincias y regiones?
¡Fuera, cobarde miedo!
Vencer con arte mi fortuna espero.

Por de pronto no lo consigue. Su rival Jarifa, fingiendo enviarla libre á España, hace que la lleven á Constantinopla, donde es vendida como esclava en cuatrocientos zequíes. Su nuevo dueño la pone en libertad compadecido de su infortunio, y agradecido al servicio que le hace salvándole la vida amenazada por la traición de su hermano.

Pero tampoco en Turquía terminan sus desgracias. Al principiar el acto tercero la encontramos en la corte del Soldán de Persia acompañada del mercader griego llamado Finardo que la había acogido en su nave para restituirla á España, naufragando en el camino y perdiendo todas sus riquezas en el naufragio.

Por fin entramos de lleno en el cuento oriental, después de tan largos y extravagantes rodeos. Teodor propone al mercader, para resarcirle de sus pérdidas y quebrantos, que la venda por esclava al Soldán. Asímbra el mercader de tal propuesta:

FINARDO.

Teodor, si esta gran tormenta,
De que tan turbada escapas,
Eclipsa tu raro ingenio,

Que delires no me espanta.
 Son cincuenta mil ducados
 Lo que el fiero mar me traga
 Con aquella hambrienta boca
 En piedras, telas y granas,
 ¿Y quieres que con venderte
 Repare lo que me falta?

TEODOR.

Pues ¿no, si pides por mí
 Eso mismo?

FINARDO.

Aunque tú valgas,
 Teodor, mucho por ti misma,
 Advierte que es arrogancia
 No vista en mujer decir
 Que han de dar por una esclava
 Tanto precio.

TEODOR.

Si te digo
 Razones que persuadan
 Al Soldán, y él gusta dello,
 ¿Serán obras ó palabras?

FINARDO.

¿Qué puedes decir?

TEODOR.

Que soy
 Una doncella tan sabia,
 Que á todos los de su reino
 Hará notable ventaja;
 Que para ver la experiencia
 Los junte, y verá que es tanta
 Mi ciencia, que es corto el precio.

FINARDO.

¿Qué dices?

TEODOR.

Verdades claras.

FINARDO.

El Soldán es hombre sabio
 Y que en Egipto y Arabia
 Aprendió todas las ciencias;
 Y si tú fueses tan rara,
 No dudo de que por ti
 Diese una nave de plata;
 Pero ¿tu ciencia es infusa?

TEODOR.

Fuera de que estoy dotada
 De un ingenio peregrino,
 He estudiado ciencias varias:
 No ha nacido quien me venza,
 Finardo, en ciencias humanas.

FINARDO.

Ahora bien, quiero creerte,
 Y en fortuna tan extraña
 Valerme de lo que dices,
 No tanto por mi ganancia
 Cuanto por ver una cosa
 Tan peregrina y extraña.

TEODOR.

Pues vamos donde me vistas
 De ricas telas bordadas,
 Con mil joyas y cadenas,
 Que aquí tu crédito basta,
 Y por que me estime el Rey;
 Que una mujer adornada
 Obliga á mayor respeto;
 Que pobre es moneda falsa...

Llegan á la presencia del Soldán, quien regatea sobre el precio lo mismo que el Califá del cuento árabe. Teodor le enjareta un largo y pedantesco razonamiento sobre las mujeres sabias, con largo catálogo de ellas, y acaba proponiéndole un certamen público contra todos los maestros y doctores de su reino:

Que si en Universidades
Entrar mujeres se usara,
Las cátedras fueran suyas;
Pero ellos temen su infamia.
Esto basta que se diga,
Y que haré (pues que te espanta
El precio de mi valor)
Honrando el sexo y la patria,
Que en públicas conclusiones,
Rendidas sus fuertes armas,
Todos los sabios de Persia
Me confiesen su ignorancia.

.....
SOLDÁN.

¿Los sabios de Persia dices
Que vencerás?

TEODOR.

Sí señor.

.....
SOLDÁN.

¡Que tanta sabiduría
Se encierre en una mujer!
¿Qué sabes para argüir
Con mis sabios, cuya fama
Por el mundo se derrama?

TEODOR.

Presto lo sabré decir:
Las siete artes liberales.

SOLDÁN.

¿Todas?

TEODOR.

Todas.

SOLDÁN.

Pues yo digo

Que mis tesoros contigo
Serán, Teodor, desiguales.

Pero éste el concierto sea
Y mañana se ejecute,
Que en público se dispute,
Donde tu ingenio se vea;

Y que si á cuatro vencieres
De mis sabios, no el laurel
Sólo, aunque te adornes dél
Para honra de las mujeres,

Pero que te dé también
Cien mil ducados.

TEODOR.

Avisa

Tus sabios.

FINARDO.

Teodor...

TEODOR.

Es risa

Pensar que conmigo estén
Un hora, sin confesar
Mi valor y su ignorancia.

SOLDÁN.

¡Qué temeraria arrogancia!
Váyanlos luego á avisar.

Para dar algún interés dramático al certamen finge Lope que á él asisten, conducidos todos á Persia por raros acontecimientos, el sabio Leonardo, padre de Teodor; el catedrático de Valencia que había estado á punto de ser su esposo, y, finalmente, su antiguo novio don Félix y un gracioso criado de éste. Todos estos personajes, traídos expresamente para el desenlace, toman parte en aquella justa literaria, donde hay además la novedad de intervenir otras dos sabias doncellas, Demetria y Fenisa, rivales de Teodor. Los sabios se presentan con «ropa y guantes y una gorra colorada». Hay cuatro series de preguntas: la primera es de física aristotélica (esferas celeste y sublunar, cuatro elementos, figura y magnitud de la tierra, movimientos recto y circular, orden de los cielos y planetas).

Apenas acertamos hoy á concebir que estas nociones de cosmología se hayan explicado en el teatro, pero no hay duda que fué así, y el público las aplaudiría como aplaudió siempre á su poeta predilecto, al que más completamente que otro ninguno resumía en sus obras el común pensar y sentir de su tiempo:

DEMETRIA.

¿Con qué movimiento, di,
Se mueven agua, aire y tierra
Y fuego?

TEODOR.

Recto.

DEMETRIA.

Pues ¿cómo?

TEODOR.

Según su naturaleza:
El fuego y aire hacia arriba,
Y abajo, el agua y la tierra.

DEMETRIA.

¿Y el cielo?

TEODOR.

Ese no es posible
Que rectamente se mueva,
Ni á lo alto, ni á lo bajo,
Ni á mano diestra ó siniestra:
Y de moverse no cesa,
Sólo alrededor se mueve,
Porque las generaciones
Desta manera conserva.

DEMETRIA.

¿Cuánto tiempo ha de moverse?

TEODOR.

El que necesario sea
Para el hombre y duración
Del siglo: esta diferencia
Hizo á muchos que le dieran
Al cielo, como ya sabes,
El nombre de quinta esencia.

DEMETRIA.

Cómo los cuerpos celestes
Circularmente se muevan
No has dicho.

TEODOR.

Efectivamente

Los mueven inteligencias
Que los filósofos llaman
Motores, y nuestra Iglesia
Angeles.

DEMETRIA.

¿Son animados
Los cielos?

TEODOR.

Falsa sentencia:

No se entiende que son almas
Aquellas inteligencias,
Porque no se puede unir
La naturaleza angélica,
Como el alma con el cuerpo,
A ninguna otra materia.

En el segundo examen, donde se trata de las condiciones de la mujer, Lope sigue muy de cerca el texto del libro de cordel. En los enigmas, que constituyen el tercer ejercicio, añade bastantes, entre ellos el de Edipo, propuesto en un soneto y declarado en otro; pero conserva casi todos los del cuento oriental. En el cuarto examen, que es misceláneo, no hace el gasto Abraham el polemista, sino el gracioso toledano Padilla, que propone algunos enigmas de broma, y vencido por la doncella, se ve expuesto á ser despojado de sus gregüescos. La acción se desenlaza con una gran *anagnorisis* en que todo el mundo que-

da contento. Teodor da la mano de esposa á don Félix; el Soldán les entrega en dote los cincuenta mil ducados, y vuelven triunfantes á España.

No sabemos á punto fijo la fecha en que Lope de Vega dió á las tablas esta divertida y extravagante comedia, posterior á 1604, puesto que no aparece citada en la primera lista de *El Peregrino en su patria*, pero anterior á 1617, en que apareció coleccionada en la *Novena Parte* de su teatro, que lleva el rótulo de *Doce Comedias de Lope de Vega, sacadas de sus originales por el mismo*, impreso por la Viuda de Alonso Martín, á costa de Miguel de Siles, mercader de libros; *parte* que, por cierto, es de las más raras entre las veinticinco de esta colección rarísima.

